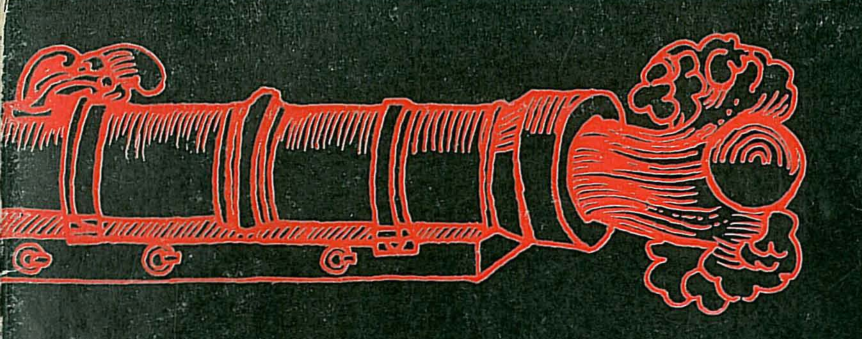




La España de la conquista



Darcy Ribeiro

La España de la conquista

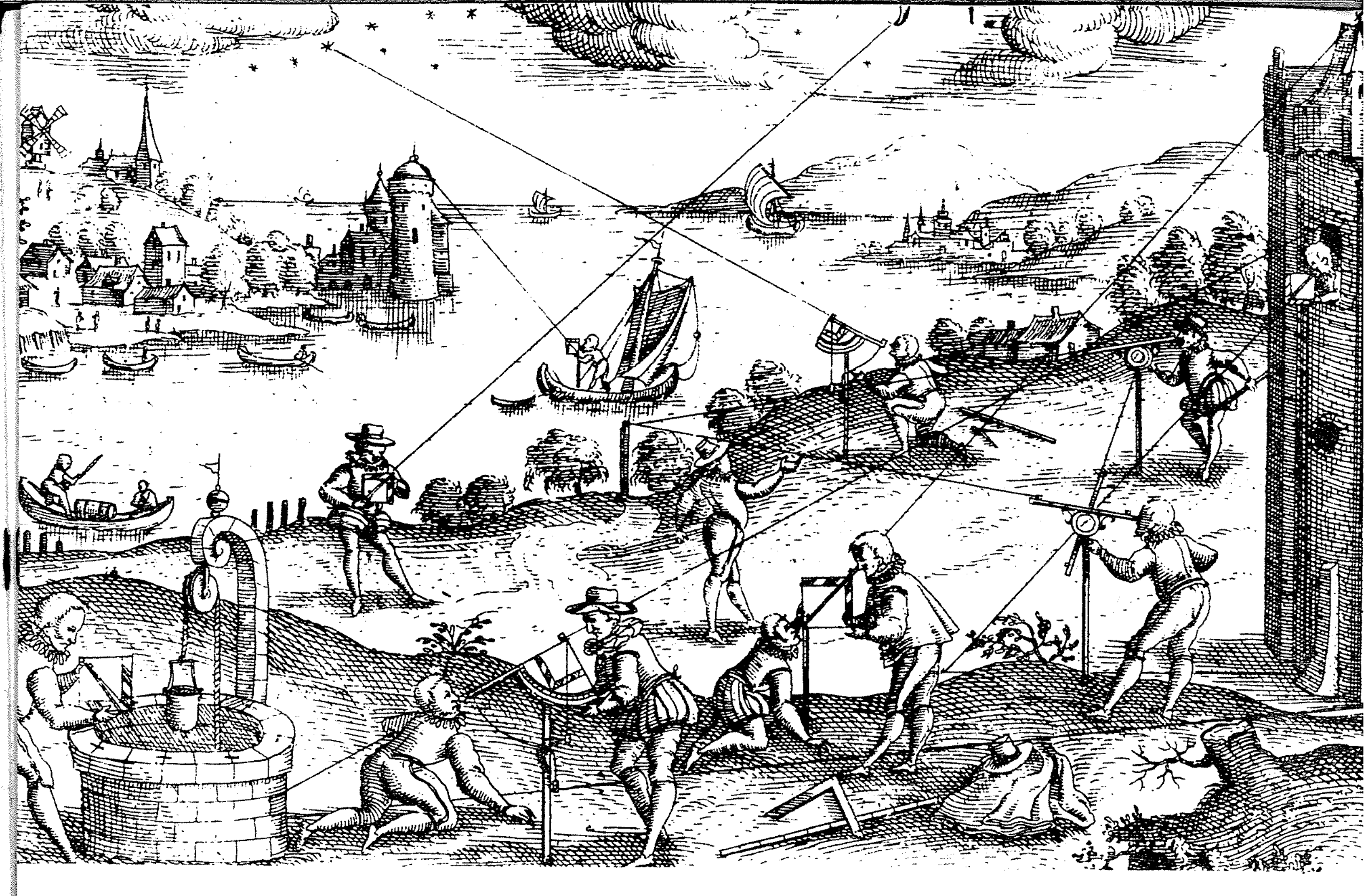
Darcy Ribeiro

El mundo de acuerdo a la concepción medieval europea. Según un manuscrito del siglo XII (Turín)

La expansión Europea

El año de 1500 marca un momento crucial en el destino humano. En los decenios anteriores y posteriores se produjeron acontecimientos decisivos que transfiguraron los modos de ser, de vivir y de pensar de casi todos los pueblos del mundo.

Ese fue el tiempo en que maduró una nueva tecnología generadora de prodigiosas innovaciones en el plano militar y en el productivo. Fue también la era de retracción de los pueblos islámicos y de ascenso de los sucesivos centros europeos de poderío imperial. En el plano espiritual corresponde al florecimiento intelectual y artístico del Renacimiento, en el que el europeo advierte que es el protagonista central de una nueva civilización y pasa a atribuirse nuevos ancestros dignificadores. Es asimismo el tiempo de la Reforma que "des-sacraliza" actividades económicas, antes reguladas ritualmente por la Iglesia, para "re-sacralizarlas" en nuevos términos: el diálogo del hombre con la divinidad y la bendición del enriquecimiento, como señal de la preferencia divina.



El mundo dejaba de tener misterios. Nacía un interés nuevo por el saber, por la observación de la naturaleza, por la comprensión de la sociedad, por la experimentación científica, por las artes mecánicas.

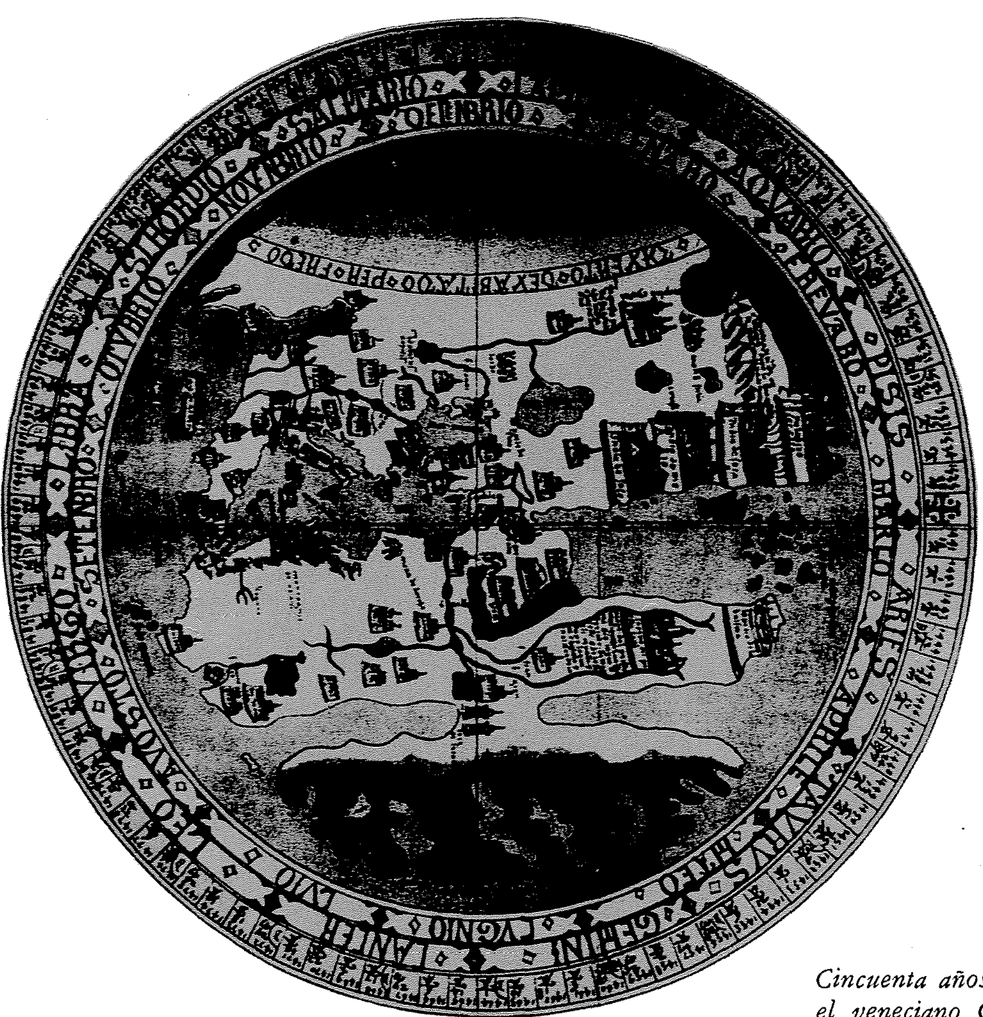
Una sola generación, en el tránsito de los quinientos, conoce descubridores como Colón, Vasco da Gama, Cabral y Vespucio; conquistadores feroces como Cortés, Pizarro y Jiménez; humanistas como Tomás Moro, Erasmo de Rotterdam, Maquiavelo, Garcilaso de la Vega, Vives y Las Casas; escritores como Ariosto y Rabelais, e inmediatamente después, épicos como Camoens y místicos como Santa Teresa; predicadores e inquisidores poseídos de furia sagrada como Savonarola y Torquemada; reformadores y restauradores como Lutero, Calvino, Knox, Zuinglo, Münzer y Loyola; artistas geniales como Leonardo da Vinci, Rafael, Miguel Angel, Botticelli, Ticiano, Gil Vicente, Corregio, Durero y Holbein; astrónomos como Copérnico y Behaim; naturalistas como Paracelso y Vesalio; los papas mundanos, los mecenas florentinos y los primeros grandes empresarios financistas modernos.

Toda una revolución se procesó en el conocimiento, en la religión, en las artes, liberadas de las trabas teológicas y vueltas hacia el culto de la antigüedad clásica. Se desencadenó un interés nuevo por el saber, por la observación de la naturaleza, por la comprensión de la sociedad, por la experimentación científica, por las artes mecánicas.

En una parte de Europa, la búsqueda de la ascesis religiosa y del éxtasis místico dio lugar a movimientos de secularización de las costumbres, de experimentación científica, de especulación racionalista y de indagación filosófica que vendrían a modificar profundamente, en los siglos siguientes, las formas de producción, de organización social, y las ideologías de todos los pueblos.

En otra parte de Europa, el fervor religioso se vuelve a encender, inflamando pueblos, hasta entonces marginales a la cristiandad, para hacerlos cumplir el papel de celosos guardianes de la fe y de cruzados extemporáneos de un catolicismo misionero y conquistador. Tales son los pueblos ibéricos y el ruso, a través de cuya misión expansionista, Europa explota, creando las bases de la primera civilización mundial.

La interpretación de este paso decisivo en la historia humana constituye aún hoy, un tema polémico. Los estudiosos se preguntan: ¿por qué hubo de florecer en Europa —entonces tanto más atrasada que China— la nueva civilización? ¿Por qué fueron los pueblos marginales a Europa céntrica y nórdica —los íberos y los rusos— quienes primero despertaron del atraso feudal? ¿Cuáles fueron los motores causantes de este movimiento ciclópeo de expansión, responsable de la configuración del mundo moderno? ¿De dónde sacaron los europeos las energías necesarias



Cincuenta años antes del descubrimiento, así imaginaba el veneciano Giovanni Leardo el mundo: al norte el desierto del frío, al sur el desierto caliente, al este el Paraíso y al oeste el mar deshabitado. Allí estaba América.

para romper con el feudalismo y crear imperios de un nuevo tipo, inmensamente mayores y más poderosos que los de la antigüedad?

Los pueblos de Europa que protagonizaron la historia moderna como agentes civilizadores, lo hicieron porque se anticiparon respecto a dos revoluciones tecnológicas, la Revolución Mercantil y la Revolución Industrial, que, de no haber ocurrido allí, hubieran ocurrido fatalmente en otro punto, como pasos inevitables de la evolución humana. Al haberse puesto al frente de la evolución socio-cultural a través de estas anticipaciones, los europeos crearon para sí, nuevos centros de poder expansionista; experimentaron primero los cambios sociales correspondientes a la nueva etapa; y elaboraron la ideología de la civilización emergente, impregnándola con sus creencias y valores.

Sus descubrimientos, hazañas, ideales, son, por eso mismo, no tanto expresiones de la creatividad europea, como el producto de la propia evolución humana que, allí, vivía precozmente una nueva etapa. Sin embargo, el vigor de su expansión sobre el mundo, fundado en el poderío invencible de la nueva tecnología, dio a Europa cuatro siglos de hegemonía mundial y coloreó la nueva civilización con las características de la cultura y la ideología europeas.

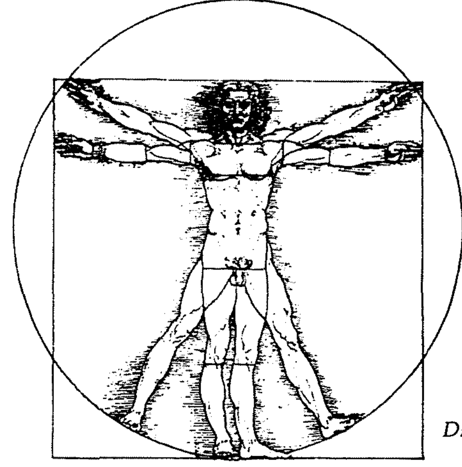
1. Tecnología y Civilización

Las explicaciones de este movimiento histórico, de importancia crucial para el destino humano, debidas a autores del centro y del norte de Europa, han sufrido deformaciones de dos órdenes. Primero, la de convertirse en esfuerzos tendientes a concatenar los antecedentes históricos que llevaron a Inglaterra, a Holanda, y más tarde a Francia, a estructurarse como formaciones capitalistas mercantiles. Segundo, la de formularse como epopeyas dignificadoras las hazañas del hombre blanco y la justificación del dominio imperialista inglés, francés u holandés, según el caso.

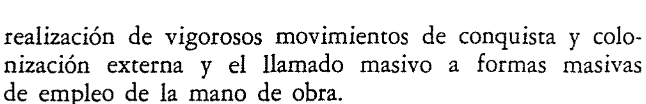


Astrolabio árabe del siglo XII

Con los nuevos instrumentos el hombre devenía el dueño del universo.



Dibujo de Leonardo da Vinci



Así enfocado, este discurso explicativo describía la progresión de los pueblos europeos como una ruptura interna con el feudalismo, laboriosamente elaborada a través de siglos de creatividad tecnológica y cultural, por italianos, holandeses e ingleses, que finalmente habría logrado madurez con la Revolución Industrial. Atribuía a los pueblos ibéricos y extra-europeos un papel meramente pasivo, o bien consideraba que éste había consistido principalmente en el suministro de riquezas saqueadas que hizo posible la acumulación primitiva de capitales.

Tal enfoque no explica las razones por las cuales los primeros impulsos renovadores tuvieron lugar justamente en las áreas marginales a aquellas que habrían de configurarse luego como potencias capitalistas mercantiles, y después como imperialistas industriales. Tampoco explica cómo sociedades inmersas en el feudalismo pudieron consolidar la unidad política y económica necesaria a la expansión europea de los siglos XV y XVI. Si feudalismo significa disyunción política de las antiguas estructuras imperiales, disociación económica de los antiguos sistemas mercantiles, y deterioro de los sistemas esclavistas de producción, el concepto no es aplicable a la Península Ibérica ni a la Rusia del siglo XVI. Ambas se caracterizaban precisamente por atributos opuestos: el centralismo político y burocrático, la creación de vastos sistemas mercantiles, la realización de vigorosos movimientos de conquista y colonización externa y el llamado masivo a formas masivas de empleo de la mano de obra.

Todos estos hechos llevan a suponer que antes de que maduraran las formaciones capitalistas mercantiles, tuvo lugar otro proceso civilizador con el que se daría la primera ruptura efectiva del feudalismo europeo. Fue provocada por una revolución tecnológica que haría surgir una nueva formación económico-social: la Mercantil-Salvacionista.

Es cierto que simultáneamente algunos puertos italianos se transformaron en importantes núcleos mercantiles —superando así su anterior condición de factoría de Bizancio— en tanto que otros puertos holandeses e ingleses pasaban a constituirse en centros de una red mercantil de alcance continental. No obstante la maduración de estos núcleos como componentes de formaciones capitalistas, así como su vertiginosa expansión, adquirieron viabilidad únicamente gracias a la expansión previa de las naciones ibéricas, y a los fantásticos recursos —producto del saqueo y la sojuzgación de numerosas poblaciones americanas, asiáticas y africanas— que éstas pusieron en circulación.

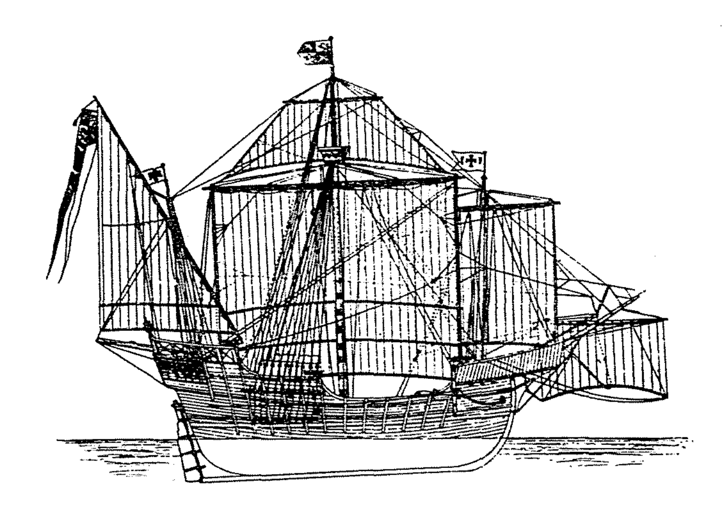
En las teorías históricas este evento trascendental generalmente es aludido como si se tratara de un simple factor coadyuvante de un proceso civilizador originado y desenvuelto a partir del establecimiento del sistema mercantil

europeo. En apoyo de esta tesis se da por sentado que Europa experimentó una fase de alta creatividad tecnológica antes de la Revolución Industrial. Pero se olvida el hecho de que las innovaciones en las técnicas de navegación, de producción y de guerra que servirían de base a la expansión, procedían del mundo extra europeo ya que habían sido trasmitidas principalmente por los árabes.

Otra consecuencia de este eurocentrismo teórico, es la propia concepción del feudalismo, caracterizada por una ambigüedad tal, que resulta aplicable a cualquier situación históricamente atrasada en relación al capitalismo.

Pero puede darse una explicación más satisfactoria a estos mismos hechos partiendo de la comprobación de que con anterioridad a la Revolución Industrial ocurrió otra revolución tecnológica de efectos similares.

Tal fue la Revolución Mercantil, basada en una nueva tecnología de la navegación oceánica, en el perfeccionamiento de los instrumentos de orientación —brújula magnética montada en balancines, el astrolabio, el cuadrante, la ballestilla— las cartas celestes y portolanos, los cronómetros y otros; y de navegación — las naos y carabelas, le vela latina, el timón fijo, las *carretillas* y los barcos de guerra. Basábase por igual, en el descubrimiento de procedimientos mecánicos, como las "bielas-manivelas", los ejes-cardan, etc., y en una nueva metalurgia revolucionaria con la invención de procesos industriales de fundición del hierro, de laminación del acero, de trafilación de los cables, de fusión de nuevas ligas metálicas y de producción de artefactos con "tornos de rosca y mandril" y con máquinas

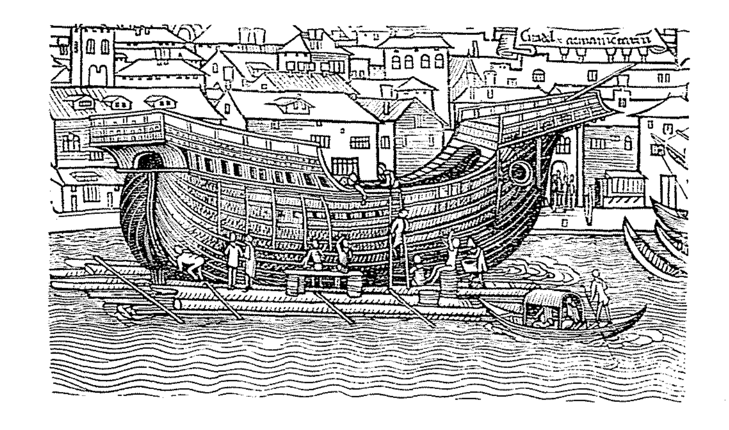


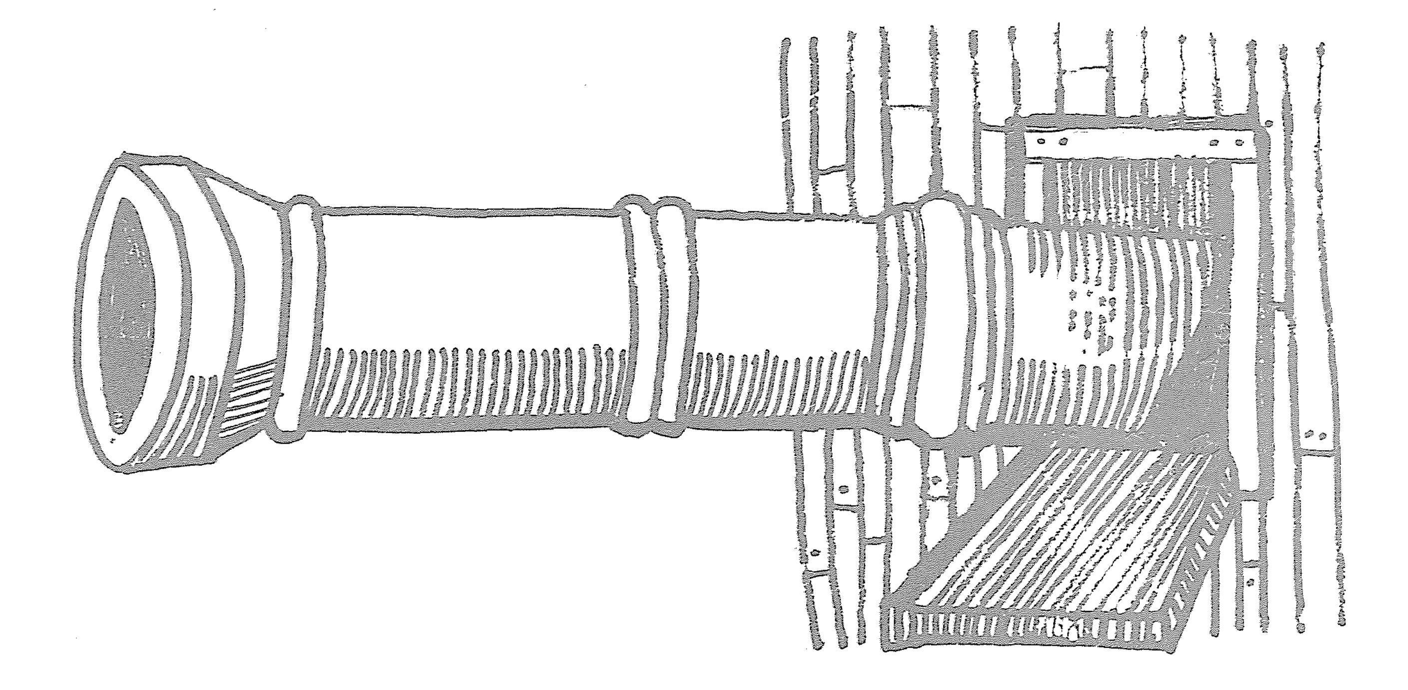
La nao "Santa Maria"

Los barcos de la conquista fueron, principalmente, la carabela portuguesa, de vela latina o triangular y timón fijo, ligera y de fácil maniobra. Su diseño, inspirado en modelos árabes, fue perfeccionado por los capitanes del príncipe D. Enrique, cabeza de las exploraciones del litoral africano y de las islas atlánticas que abrió el ciclo de las grandes navegaciones.

La exploración posterior de las tierras conquistadas, exigiendo embarcaciones con mayor capacidad de carga, condujo al desarrollo de las naus *de varios mástiles que combinaban velas latinas con aparatos de cruz.*

Las guerras navales contra señoríos locales, árabes e indianos y, más tarde, contra competidores europeos, llevaron al desarrollo del galeón dotado de castillos de popa y proa; de costados inclinados hacia adentro para imposibilitar el abordaje y armados de cañones que tiraban a través de troneras abiertas en el costado.

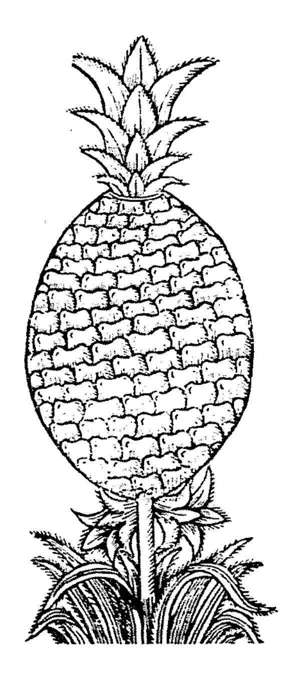


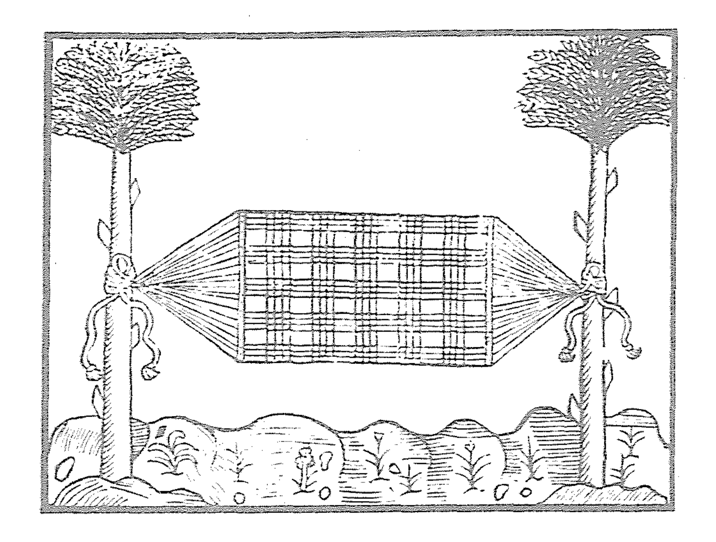


de taladrar, afilar y pulir metales. Basábase, también, en la renovación de las artes de guerra con las armas de fuego perfeccionadas —cañones, morteros, espingardas— que, en tierra, permitieron enfrentar la movilidad de las caballerías armadas de arcos y lanzas que habían prevalecido en el último milenio; y en el mar, crearon la artillería naval. Basábase, aun, en la generalización de otras técnicas, como modelos perfeccionados de molinos de viento de cabeza móvil y de ruedas hidráulicas horizontales impulsadas por la fuerza de gravedad, aplicables para accionar fuelles siderúrgicos, martinetes, sierras, afiladoras y otras máquinas. Basábase, asimismo, en la instalación de fábricas de papel, de tipografías para la impresión de libros con tipos móviles, así como en la producción de instrumentos ópticos. Algunas combinaciones de estas técnicas, como la del velero con cañones, tuvieron efectos extraordinarios, permitiendo el dominio de la tierra a partir del mar, y abriendo, de ese modo, amplias perspectivas para la estructuración de talasocracias de un nuevo tipo.

Esta tecnología más avanzada que posibilitó la expansión económica europea sería fecundada, posteriormente, con contribuciones tomadas de todo el mundo. Con ello se enriquece la vida de los europeos, sus ciudades vuelven a crecer y a reflejar su grandeza en palacios y en templos. Pueblos de todo el mundo, convertidos en proletarios externos, contribuyeron para este enriquecimiento. Al principio, a través del saqueo de tesoros acumulados durante siglos; luego, mediante siglos de explotación de los frutos del trabajo de millones de hombres.

La contribución de los pueblos extra-europeos a esta renovación de la vida, los hábitos y las costumbres fue la más variada. Primero, fueron las *especias* que vinieron a





Había frutas raras, abundantes peces, extraños animales, ciudades revestidas de oro, caminos empedrados de diamantes, hermosas mujeres, innumerables esclavos. Era el reino de Jauja, era un Paraíso terrenal.

dar gusto y olor a la comida, proveyendo condimentos como la pimienta de la India, la canela, la nuez moscada y el macis del Ceilán, el clavo de las Molucas, el jengibre y el ruibarbo de China. Después, el oro y la plata de las Américas que subvirtieron el sistema monetario europeo; las finas telas de seda y de algodón del Oriente; las esmeraldas de la India, los rubíes del Tibet, los zafiros y los diamantes del Ceilán, las perlas de las Antillas, a los que se juntarían mucho más tarde, los diamantes del Brasil y de Africa.

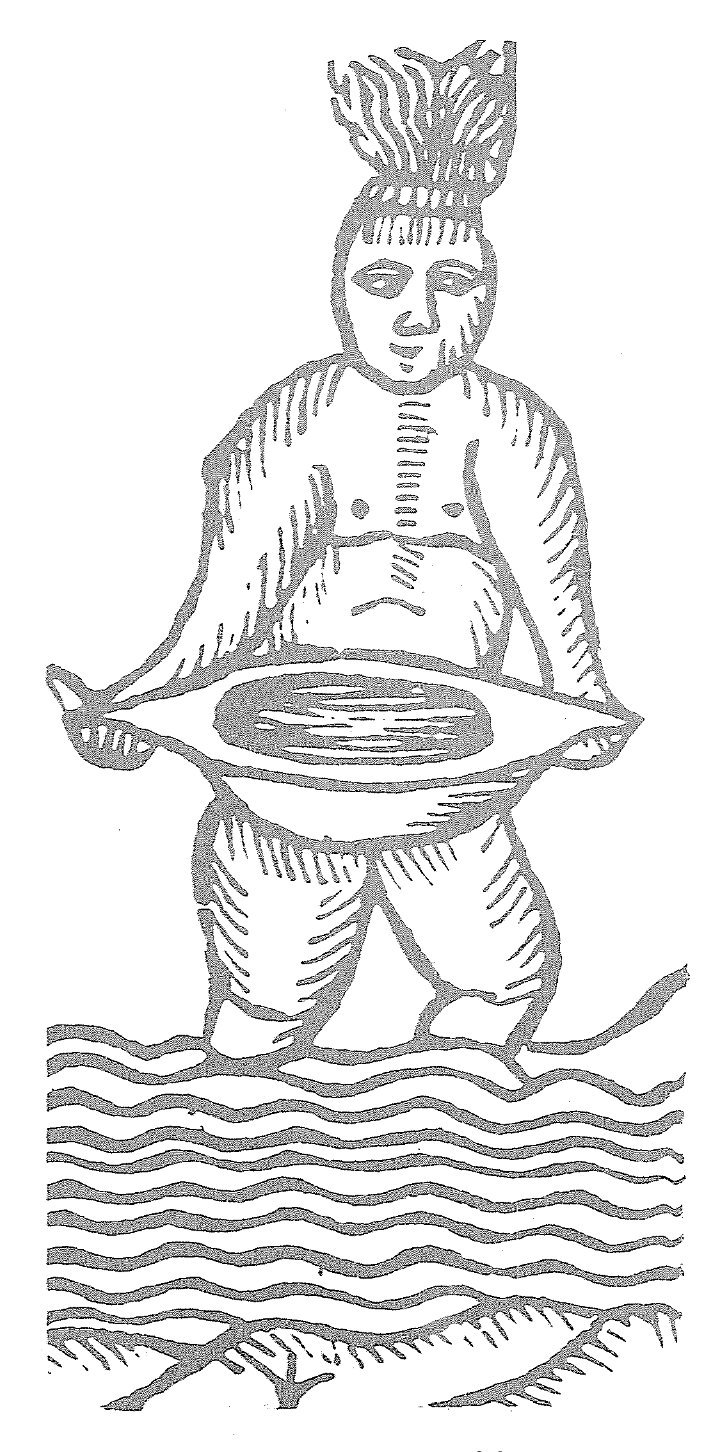
Seguidamente, otros productos menos nobles entran en la lista, como el palo de tinta de Brasil, las maderas para construcción naval de Cuba. Finalmente, cuando se implantan las enormes plantaciones tropicales americanas, con fuerza de trabajo esclava, empiezan a llegar innúmeras cargas de azúcar, de anís y de tabaco del Brasil y de las Antillas; y con la organización de flotas pesqueras en el Atlántico Norte, el bacalao seco y salado de Terranova y El Labrador. Más tarde se sumaron la carne y la lana de los rebaños que se reproducían prodigiosamente en los nuevos mundos.

El aporte fundamental fue dado, sin duda, por los indígenas americanos que agregaron a la corta dieta europea algunas decenas de plantas cultivadas, tales como la papa, los boniatos de diversas especies, la mandioca, los *ñames,* el maíz, los frijoles, el maní, el cacao, el ananá, las bananas, el tomate, entre muchas otras. Su cultivo o su importación posibilitó alimentar las poblaciones europeas que, de esa forma, pudieron crecer fantásticamente.

Es de señalar, sin embargo, que el papel del mundo extra-europeo en el desencadenamiento del proceso civilizador que generó el mundo moderno no se limitó a aportes económicos. Igualmente relevantes fueron las motivaciones que provocó y las tradiciones institucionales que difundió. Efectivamente, las naciones ibéricas maduraron como centros civilizadores al poner fin a la secular dominación musulmana. Lo mismo ocurrió con los rusos que, sometidos a soberanías tártaro-mongólicas, se armaron de energías mesiánicas para emanciparse, madurando así como una nueva etnia nacional capaz de expandirse. Precisamente en estas dos áreas marginales de Europa es que primero se rompe con el feudalismo para hacer emerger una nueva formación económico-social, todavía no capitalista, pero ya mercantil-expansionista.

Las potencias transformadoras de la Revolución Mercantil se realizaron a través de dos procesos civilizadores sucesivos, aunque nítidamente correlacionados. El primero, con el advenimiento y la expansión de los *Imperios Mer-*

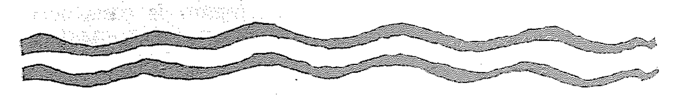




cantiles Salvacionistas, que unificaron en un mismo sistema económico, los polos ubicados en las metrópolis y amplios contextos Coloniales Esclavistas y colonias mercantiles. El segundo, por la maduración de esfuerzos seculares de restauración de la Europa feudalizada que culminaron en la instauración de los primeros núcleos maduros del *Capitalismo Mercantil,* también ellos como polos imperiales de dominios coloniales esclavistas y mercantiles. Ambos tuvieron de peculiar, en relación a todos los anteriores, su carácter mundial, expresado tanto por su proyección geográfica sobre la Tierra entera, cuanto por su capacidad de estancar el desarrollo paralelo de otros procesos civilizadores.

La competencia y el conflicto entre estas dos formaciones y entre los componentes interactivos de cada una de ellas, habría de favorecer a la más progresista que se encontró luego en condiciones de emprender la Revolución Industrial, con lo que no sólo superó a la otra sino que subordinó a todos los pueblos. En esta nueva etapa, los núcleos capitalistas mercantiles evolucionan hacia formaciones imperialistas industriales; las formaciones mercantiles salvacionistas así como la mayor parte de sus dependencias coloniales, experimentan modernizaciones parciales o reflejas por los procesos de actualización histórica, convirtiéndose en zonas de explotación neocolonial.

Solamente en el período comprendido entre 1591 y 1660, España retira de América, 4.537,6 toneladas de oro. Portugal retira del Brasil en el siglo XVIII cerca de 1.400 toneladas de oro y 3 millones de quilates de diamantes. Con el aporte mexicano, la producción mundial de plata salta de 335 toneladas, en 1701/1720, a 879 toneladas, en 1781/1800.



2. La Expansión Ibérica

Los Imperios Mercantiles Salvacionistas surgen en el pasaje del siglo XV al XVI de dos áreas marginales, tanto geográfica como culturalmente, de Europa: Iberia y Rusia. Ambas sacaron de las energías movilizadas para la reconquista de sus territorios ocupados por árabes y tártaro-mongoles la fuerza necesaria para las hazañas de su propia expansión salvacionista.

No obstante, contribuir a la generalización de las principales innovaciones tecnológicas de la Revolución Mercantil, ligadas casi todas a la navegación oceánica, a las armas de fuego, y a la maduración del capitalismo, los países ibéricos y Rusia apenas lograron constituirse como dos formaciones socio-culturales de carácter mercantil, despótico y mesiánico. Se hicieron *Imperios Mercantiles Salvacionistas* semejantes al islámico y al otomano, e igualmente exaltados en la dimensión épica, codiciosa y mística de sus metas.

Es así que estos centros modeladores de la primera vía de ruptura con el feudalismo europeo y de transición hacia el capitalismo mercantil, no consiguieron estructurarse según la formación socio-cultural que les hubiera correspondido.

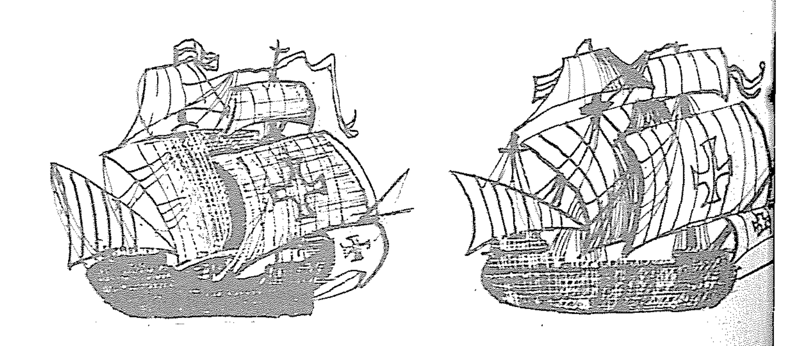
Esta nueva etapa de la evolución humana, el *capitalismo mercantil,* se cristalizaría en algunas de las ciudades que venían restaurando, desde hacía dos siglos, el sistema mercantil europeo. Por esto mismo, cuando la Revolución Mercantil —que había otorgado precedencia a la Península Ibérica y a Rusia— dio lugar a una nueva etapa evolutiva, con la Revolución Industrial, ambas áreas se vieron, una vez más, marginalizadas y preteridas como pueblos atrasados en la historia. Este paso evolutivo colocaría en el centro de la historia humana, como focos irradiadores de un nuevo proceso civilizador —el capitalismo industrial— a otros pueblos europeos, hasta entonces marginales a las grandes corrientes de civilización: los ingleses y los holandeses primero, los franceses y alemanes después.

Iberia, como península avanzada sobre el Atlántico, se lanza a la conquista y la subyugación de nuevos mundos de ultramar. Portugal, que venía explotando el litoral africano desde el comienzo del siglo XV, descubre sucesivamente el Cabo Verde, la Costa de Oro, contornea el Cabo de Buena Esperanza y, finalmente, establece la ruta marítima hacia la India. Subyuga, posteriormente, la costa occidental y parte de la oriental de la India y de Malaca.

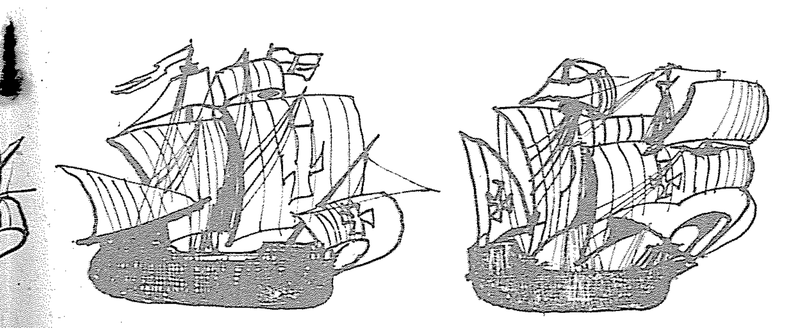
THE AGE OF DISCOVERY

Projection courtesy of American Geographical Society

En el siglo XVI Iberia irradiaba sobre la tierra



un poderío donde nunca se ponía el sol.



Ocupa Aden y Ormuz, interceptando la antigua vía de las *especierías*. Se apodera del Archipiélago de Sonda, de Indochina, y del Brasil. España, alcanzando las Antillas con las expediciones de Colón, se expande, a partir de ahí, por todo el continente americano e implanta, también, dominios coloniales y factorías en el Extremo Oriente.

Rusia, como extremidad oriental de Europa, se extiende sobre la Eurasia continental, terminando por llegar también a América con la ocupación de Alaska en los confines de su territorio. Por estas expansiones simultáneas, Europa explota lanzando las bases de la primera civilización mundial.

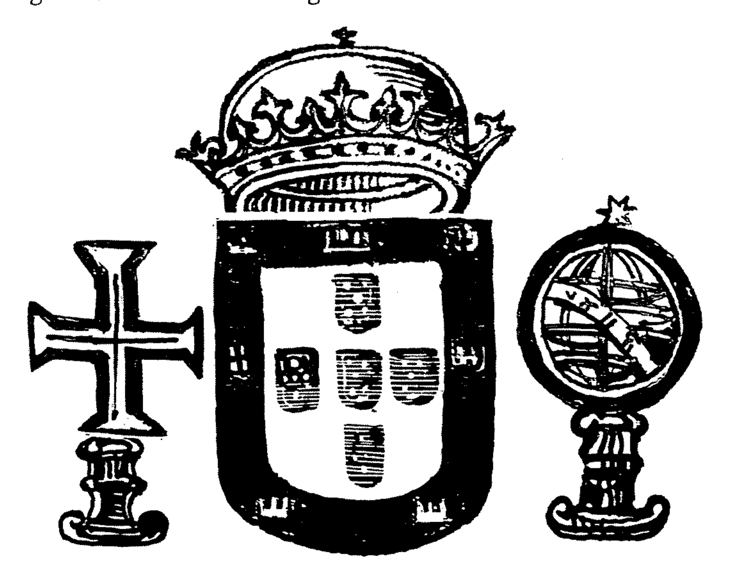
Europa, que primero se enfrentó con América Indígena, representada por España y Portugal, estaba constituida por sociedades nacionales de base agrario-artesanal rígidamente estratificadas. Su cúpula la formaba más una jerarquía sacerdotal que una nobleza hereditaria, dada la posición de la Iglesia como principal propietaria de tierras, esclavos, siervos y la especialización guerrera de una parte del clero como padres-soldados. La nobleza super-inflacionada en número, era pobre y aún paupérrima, pero en extremo celosa, por eso mismo, de no confundirse con la gente común, a quien incumbía el trabajo productivo. La función de la nobleza era la guerra contra el moro, determinada por el Papa y por el Rey y conducida por el clero; o, al lado del moro, contra la expansión clerical-cristiana. Además de su motivación principal que era la religiosa, esta guerra santa daba también frutos temporales, sobre todo al clero, en virtud de la disposición cautelosa, según la cual, toda tierra tomada al infiel pasaría a pertenecer a la Iglesia.

En las ciudades, una clase de artesanos —principalmente moriscos—, y de mercaderes —principalmente judíos—, equivalente a la que formaría la burguesía comercial de creciente influencia en otras naciones, como Inglaterra, Alemania, Holanda y Francia, era mantenida bajo un control rígido. Control religioso, porque al estar integrada, en gran parte, por musulmanes, judíos y cristianos nuevos, no infundió confianza a la Iglesia. Control social, del lado de la nobleza, celosa de los propios privilegios y, sobre todo, llena de codicia por la apropiación de sus bienes y tierras. Control estatal, porque la corona sacaba sus rentas, en gran parte, de los impuestos sobre los comerciantes y los artesanos. La primacía del clero y la persecución sistemática y furiosa contra las minorías islámicas y judaicas, contribuyó decisivamente a imposibilitar la constitución de una clase intermediaria de empresarios ricos y de artesanos libres que viniese a configurar una burguesía capaz de disputar un lugar y una influencia saliente en el Estado.

La población de toda la Península Ibérica, en la época del descubrimiento, se calcula en 10 millones, 1 y medio de los cuales eran portugueses. En la misma época, los británicos eran 5 millones, los holandeses 1 millón, los franceses 20 millones y los alemanes 12 millones. ¿Cómo se explica que justamente esta zona marginal, que no era la más avanzada económicamente, ni la más poblada, fuera capaz de emprender la expansión oceánica de Europa Occidental? Se suman aquí, muchos factores entre los cuales se destaca, como crucial, el hecho de que los ibéricos se

volvieron herederos de la tecnología islámica, más alta que la europea de entonces, sobre todo en los sectores decisivos para la navegación oceánica. Y, también, el hecho de haber estado empeñados, durante ocho siglos, de 718 a 1492, en una lucha de emancipación contra la dominación sarracena, que exigió movilizar todas las energías morales de sus pueblos y mantenerlas vivas por este vastísimo período, en que la frontera avanzaba o retrocedía conforme se intensificaba la presión islámica o la cristiana. Estas dos circunstancias son las que harían de los íberos de la reconquista, los promotores de la conquista. Pero también los haría padres de la revolución mercantil, por su contribución tecnológica y económica, sin hacerlos sus hijos, porque al alzarse para la gran hazaña, se configuraron como Imperios Mercantiles Salvacionistas y no como formaciones Capitalistas Mercantiles. Ni siquiera al final del ciclo más brillante de su historia consiguen elevarse a la modernización, y tampoco integrarse a la revolución industrial. Al contrario, entran en retroceso, perdiendo su imperio colonial, esclavista y mercantil, frente a los nuevos imperialismos capitalistas - industriales que surgían. De esta manera, tanto Portugal como España retroceden hacia el estancamiento feudal o se insertan en la economía mundial como áreas dependientes, de conformación neo-colonial.

Como estado mercantil-salvacionista que suma en sí las energías de un imperialismo incipientemente mercantil y las fuerzas movilizadoras de una religión misionera expansionista, la Península Ibérica madura para la empresa del descubrimiento, de la conquista y de la colonización del Nuevo Mundo, proyectando sobre el gentil y sobre todo el mundo su vieja guerra contra la dominación musulmana. Como tal, se lanza también, a través de todo el siglo XVI, a guerras europeas de restauración de la cristiandad católica contra la Reforma; a convulsiones internas de despedazamiento de judíos y moros que se institucionalizarían, después, en la Inquisición; a la devastación de las altas culturas americanas y a la esclavización de sus pueblos, a los cuales agregaría millones de negros africanos para constituir la mayor fuerza de trabajo que el mundo conociera hasta entonces. Absorbida, más tarde, por las exigencias de la tarea de organización de las colonias ameri-



Algunos tipos humanos de los dos imperios ibéricos dan la medida de los valores que los motivaron y encandecieron, después de siglos de vida mediocre, para romper la subyugación mora y hacerse los adelantados de la nueva civilización. De Portugal puede ser destacado el Príncipe Enrique el Navegante, mezcla de sabio renacentista (que reunió tantos conocimientos náuticos que hicieron posible la navegación oceánica) y de místico-fanático, que se hacía quemar continuamente por amor a Dios, con un cinturón de cilicio y que fundó una de las herejías más difundidas de la cristiandad portuguesa: la prédica de la venida de la Era del Divino Espíritu Santo que, después del tiempo del Padre y del Hijo, permitiría al hombre la creación del paraíso cristiano en la propia Tierra.



Otra figura característica fue Isabel la Católica. Criada entre campesinos al lado de su madre loca, se convirtió en reina de la España unificada que venció al último bastión musulmán y expulsó a los árabes en el mismo año en que se descubrió América. Isabel tomó como su tarea más celosa la erradicación de las morerías que habían impregnado las poblaciones peninsulares a lo largo de siete siglos de dominio islámico; se hizo madrina de la Compañía de Jesús e implantó la Santa Inquisición, volviéndose una oveja sumisa de los jesuitas promovidos a rectores de la hispanidad; aspiró piamente ser la protectora del gentil subyugado en el Nuevo Mundo, pero para salvarles las almas contra la condenación eterna y para preservar el enriquecimiento de los conquistadores españoles, los condenó a la forma más hipócrita de esclavitud, que fue la de las encomiendas.

canas; más prudente frente a la capacidad de represalia a sus ataques, revelada por las naciones emergentes de Europa capitalista y protestante; y disuadida por el Papado de su afán evangelizador sobre Europa, la Península Ibérica va, poco a poco, restringiendo su destino hegemónico salvacionista y mercantil a las posesiones ultramarinas y al rencor purificador sobre su propia población. Se restablecen de este modo sus vínculos mercantiles con Europa, que crecen, cada vez más, dentro de un sistema de trueques entre formaciones distintas, en las cuales, las más evolucionadas succionan fatalmente la sustancia de las más retrasadas. En este contexto económico, las estructuras evolucionadas eran Holanda, Inglaterra y Francia, que, a pesar de haber sido desheredadas en la división tordesillana del mundo, ya entonces se presentaban como una formación Capitalista Mercantil. España y Portugal quedaron atrasadas como Imperios Mercantiles Salvacionistas de economía fundada en el colonialismo esclavista.

En este marco, las dos naciones arcaicas se vuelven recaudadoras de bienes, destinados más a enriquecer una nobleza ostentosa, señorial y mística, o a financiar los proyectos hegemónico-universalistas de sus reyes austríacos, que a invertir productivamente. También en esto se revela su carácter mercantil — salvacionista que las compelía a actuar tal como siempre lo hicieron las formaciones incipientemente mercantiles, más propensas al atesoramiento y al gasto suntuario que a la capitalización y a la inversión productiva. El oro y la plata arrancados de América en enormes cantidades se volverían, de esta manera, simple medio de pago del consumo metropolitano de bienes y manufacturas importadas de otras zonas y de manutención de los ejércitos. España y Portugal se transforman, consecuentemente en meros almacenes de abastecimiento de metales preciosos, de especias y, más tarde, de azúcar y otros productos tropicales, para los mercaderes de toda Europa. Ni siquiera se capacitan para crear un sistema propio de distribución de sus productos coloniales en los mercados europeos, perdiendo, por esto, hasta las ganancias de la comercialización.

En consecuencia, esta corriente de bienes saqueados o producidos por enormes poblaciones que tenían su nivel de consumo super-comprimido, a través de la esclavización, va a costear el enriquecimiento y, sobre todo, la industrialización de otras áreas. Agréguese a esta tendencia, como fuerza regresiva, el hecho de que los íberos destruyeron su sistema de producción artesanal, movidos por el fanatismo salvacionista, con la expulsión de centenas de millares de moros; y, también, su sistema mercantil, con la expulsión de otros tantos judíos. Empujados, así, por la naturaleza misma del proceso, a un empobrecimiento creciente, que sería acelerado aún por la financiación de un gigantesco sistema clientelístico integrado principalmente por clérigos, Portugal y España cayeron en un endeudamiento cada vez más humillante. Se encadenaron a los banqueros europeos y se complicaron con toda clase de expedientes lucrativos, como la venta de títulos de hidalguía, tanto en la Península como en América.

Bajo el reinado de Felipe II que encarna, aún más que Isabel, el fanatismo salvacionista ibérico, el clero español alcanza la proporción fantástica del 25 % de la población adulta. Según Oliveira Martins:

"... un censo efectuado durante el reinado de Felipe II (1570) registra 312.000 padres, 200.000 clérigos de órdenes menores y 400.000 frailes".

A comienzos del siglo XVIII, otro censo consignará en la misma capa parasitaria:

"... cerca de 723 mil nobles, 277 mil criados de nobles, 70 mil burócratas y 2 millones de mendigos".

En el mismo período, sólo en la región de Sevilla, los telares de seda y de lana se habían reducido de 16.000 a 400 y el rebaño ovino de 7 a 2 millones. La propia población ibérica cayó de 10 a 8 millones de habitantes, bajo el peso de ese destino salvacionista.

En el plano cultural, la decadencia es correspondiente. El estudiantado de Salamanca se reduce de 14 a 7 mil a fines del siglo XVI; la Inquisición dirigida por Torquemada aprehende y quema por millares, los pocos libros existentes en la Península; establece la censura y el index e implanta el terror. En 18 años, Torquemada procesa 100 mil personas; quema, en efigie, de 6 a 7 mil y, en carne y hueso, a 9 mil. Con la Inquisición, el fanatismo y la intolerancia de la Iberia salvacionista se instrumentan para el terrorismo; la venganza y la tortura son transformados en procedimientos institucionales, en nombre del santo combate a la herejía.

Esta Europa Ibérica, retrógrada, atrasada en todo su sector productivo —económicamente obsoleta frente al ascenso del capitalismo europeo y, religiosamente, salvacionista y fanática— presidió la transfiguración cultural de América Latina, marcando profundamente su perfil y condenándola también al atraso. Es probable, sin embargo, que sin los contenidos salvacionistas que la motivaron, la expansión ibérica y la rusa no hubiesen tenido la potencialidad asimiladora que las capacitó para convivir y actuar frente a los pueblos más dispares, consiguiendo imponerles su marca cultural y religiosa.

Con las armas de la moderna tecnología europea...

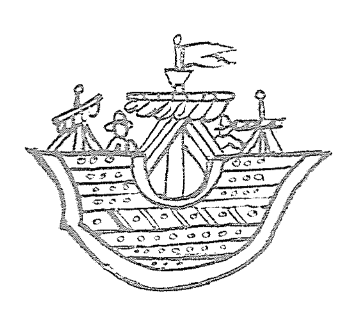


3. Las armas de la conquista

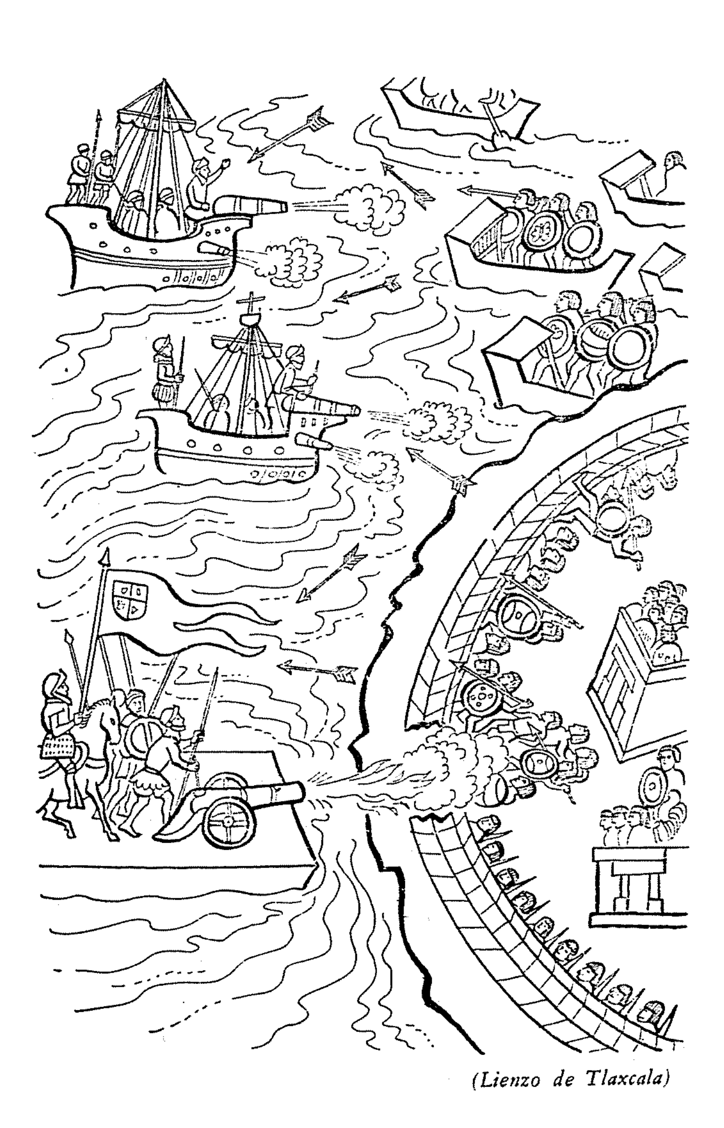
Nada en el mundo queda exento y ajeno a las fuerzas desencadenadas por la expansión europea. Ella está en la base de la renovación de la naturaleza, cuya flora y cuya fauna se uniforma en todas las latitudes. Diezma millares de etnias, es la causa fundamental de la fusión de razas y de la expansión lingüística y cultural de los pueblos europeos. En el curso de esta expansión se difunden y generalizan las tecnologías modernas, las formas de ordenación social y los cuerpos de valores vigentes en Europa. Su producto verdadero es el mundo moderno, unificado por el comercio y por las comunicaciones, movido por las mismas técnicas, inspirado en un sistema básico de valores comunes.

Europa, que comenzó su expansión armada en la hipótesis de que la Tierra tenía la forma de un globo uninavegable, acabó por posibilitar, en el orden humano, la conversión de los pueblos y de culturas originales y ampliamente divergentes, en una humanidad única, cada vez más integrada. Sólo con referencia a esta aventura suprema del hombre, que fue la expansión europea occidental y cristiana, se vuelve inteligible el mundo de nuestros días, víctima y fruto de este proceso.

Encabezando una nueva civilización, armados con un instrumental de acción cada vez más prodigioso, los europeos rompieron el equilibrio y el estancamiento en que ellos mismos se habían visto sumergidos, al igual que las antiguas civilizaciones: la árabe-musulmana, paralizada por la expansión turco-otomana, y las orientales, inmersas en el feudalismo. Sobre todas ellas, y también sobre las civilizaciones americanas de los Aztecas y de los Incas, y sobre los pueblos tribales de la Tierra entera, se lanzaron los europeos, como vanguardia de dos nuevas revoluciones tecnológicas. Ante su impacto, el mundo se transformó, del mismo modo que, hace diez milenios, la Revolución Agraria de las primeras sociedades de labradores y pastores había modificado la vida de los pueblos, multiplicando el contingente humano; y como, cinco mil años más tarde, la Revolución Urbana activó algunas sociedades, dividiendo su población en campesinos y ciudadanos, estratificándola en clases sociales y creando las bases de las primeras expansiones imperiales.



...*cayeron vencidas las altas civilizaciones de América.*



(Lienzo de Tlaxcala)

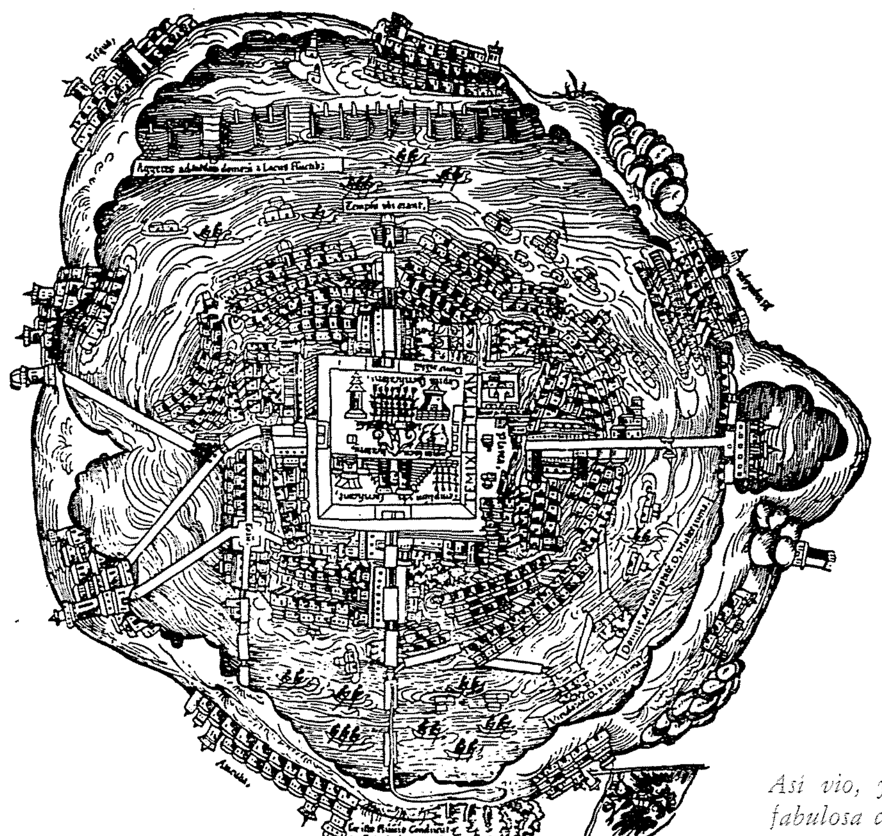
Simultáneamente con la expansión de las áreas marginales, Europa nórdica y céntrica prosiguió en sus esfuerzos por romper con el feudalismo, mediante la restauración de un sistema mercantil internacional. Este proceso que se inicia en las ciudades - puerto italianas, flamencas e inglesas, que se habían convertido también en centros de producción manufacturera, condujo a una nueva formación socio-cultural congruentemente capitalista-mercantil. Y, por eso mismo, más capacitada para emprender el nuevo salto de la evolución tecnológico-cultural que sería la revolución industrial, fundada en el dominio de nuevas fuentes de energía y en su aplicación a dispositivos mecánicos de producción en masa.

Esta otra Europa, enriquecida con el traspaso de los productos de la explotación promovida por los íberos y, después, por ella misma debido a su maduración como formación capitalista - mercantil, se capacita para dar el salto a una nueva etapa, natural y necesaria, que habría de cumplirse en alguno de los contextos feudales. La circunstancia de haber florecido en Europa, es lo que dio al hombre blanco la preeminencia en el dominio mundial, que monopolizada por siglos, terminó convenciéndolo de su superioridad intrínseca sobre las otras razas y culturas, y de que estaba destinado a amansar, explotar y civilizar a los pueblos de la Tierra.

Basándose en las nuevas formas de acción, en las nuevas instituciones y en las nuevas ideas, el europeo reconstruyó el mundo como un contexto destinado a abastecerlo de bienes y servicios. Saqueando las riquezas atesoradas por otros pueblos, enganchando en el trabajo esclavo o servil a cientos de millones de hombres, Europa pudo llevar adelante su propia Revolución Industrial, transfigurando sus pueblos, renovando y enriqueciendo sus ciudades, engalanándose de poderes y glorias que inducirían al hombre blanco europeo, a verse a sí mismo como el elegido de la creación.

El contexto extra-europeo de pueblos proveedores de materias primas y consumidores de manufacturas, fue construido a través de siglos, mediante todas las formas de opresión y terrorismo. Las viejas civilizaciones sobrevivientes, decadentes unas, vivas otras, pero capaces todas de ordenar la vida de sus sociedades, fueron sucesivamente dominadas, degradadas y conscriptas al sistema mercantil, de extensión mundial, regido por los europeos. Nuevos pueblos fueron formados por el traslado de millones de hombres desde sus sitios originales a tierras lejanas, donde podían ser más útiles y productivos del punto de vista europeo. Millares de grupos tribales resistentes al régimen servil u hostiles a la explotación de sus territorios, fueron diezmados, tanto por la matanza como por las enfermedades trasmitidas por el blanco, o aun por el desengaño y la desmoralización en que cayeron ante la destrucción de aquellos valores que daban sentido a su existencia.

En su expansión, las fórmulas europeas relativas a la verdad, la justicia y la belleza, se impusieron progresivamente como valores compulsivos, tan poderosos por la fuerza persuasiva de su universalidad, como por los mecanismos coactivos a través de los cuales se difundían. Al mismo tiempo se explayaron por el mundo las lenguas europeas. Originarias todas de un mismo tronco, pasaron a ser habladas por mayor número de personas, que cual-



Así vio, y probablemente dibujó Hernán Cortés, a la fabulosa ciudad de Tenochtitlán, construida en el centro del lago de Texcoco, en la "región más transparente del aire", de la que huyó en la "Noche Triste" y a la que volvió para destruirla.

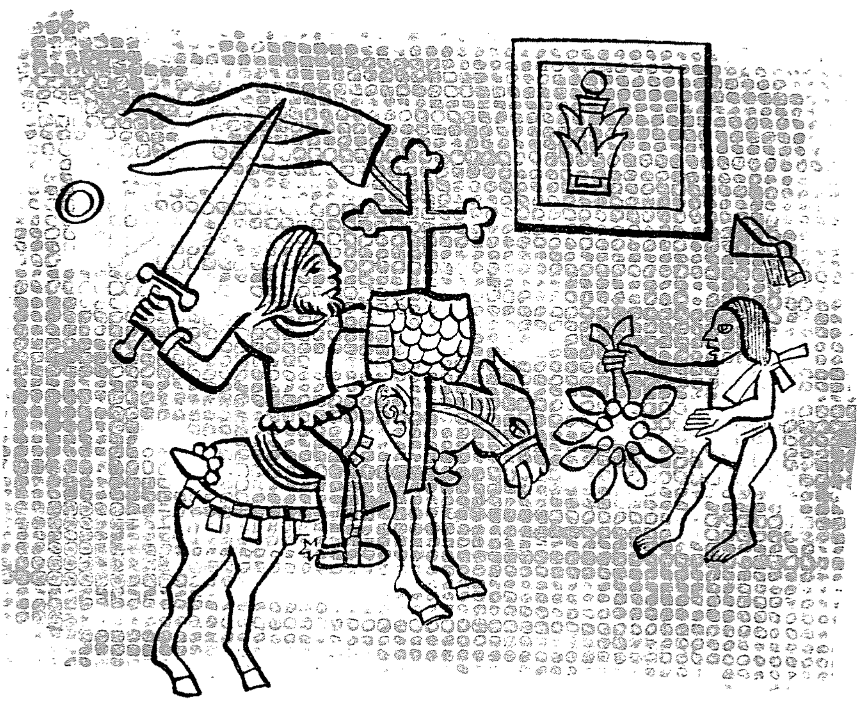
quier otro grupo de lenguas antes existente. Sus diversos cultos, nacidos de una misma religión, se volvieron ecuménicos. Su ciencia, y las tecnologías resultantes, se difundieron también por la Tierra entera. Su patrimonio artístico, con la multiplicidad de estilos en que se expresa, se convirtió en canon universal de belleza. Sus instituciones familiares, políticas y jurídicas, modeladas y remodeladas según las mismas premisas, pasaron a ser ordenadoras de la vida social de la mayoría de los pueblos.

Las armas con que Europa cumplió esta hazaña mundial fueron: una tecnología naval, militar y productiva más avanzada, así como un nuevo cuerpo de instituciones sociales y económicas, que aumentó la capacidad de expansión de los mercados, hasta integrar al mundo entero en un sistema mercantil unificado. Fue, además, una sed de saber constantemente renovada, que todo lo indagaba, y aún cuando más se aferraba a lo que parecía constituir su verdad última, volvía sin embargo a dudar y a investigar. Fue, también, una voluntad de autoafirmación individual, que sirvió de motivación para miles de aventureros, despertándolos al goce de la vida terrena y haciendo de ellos audaces empresarios. Fue, por último, un viejo cuerpo de tradiciones y creencias, redefinido para servir a una sociedad menos preocupada por los riesgos de condenación eterna que por la expansión del reino de Dios, que era también la expansión del dominio europeo.

A todos estos motores se sumaría, como una de las armas decisivas de la conquista, un conglomerado de virus, bacilos y gérmenes a los que europeos, asiáticos y africanos estaban adaptados, pero que se abatirían sobre los pueblos autóctonos de América y Oceanía como nuevas plagas bíblicas, volviéndolos, además, inermes frente a la agresión y a las otras formas de sometimiento. Se calcula que luego de los primeros contactos con hombres blancos, murió contaminada la mitad, y en ocasiones las tres cuartas partes, de la población aborigen americana, australiana y de las islas oceánicas, víctima de dolencias pulmonares, de infecciones venéreas, de la sífilis, de las diversas variedades de viruela y de otras enfermedades que desconocían.

Durante el transcurso de su expansión mundial, Europa se renueva continuamente enriqueciendo su patrimonio de instrumentos de dominación y alterando radicalmente su propio perfil. Siempre es el actor principal, pero también la víctima, de los procesos civilizadores que pone en marcha y que rige. Las naciones que primero se transfiguran por la Revolución Mercantil y luego la Industrial, fortalecen enormemente su poder de coacción sobre sus vecinos y sobre el mundo extra-europeo. Al mismo tiempo, sin embargo, se ven compelidas a reordenar sus propias sociedades, haciendo experimentar a sus pueblos las transformaciones más radicales. A cierta altura del proceso, los propios europeos se vuelven, también ellos, ganado humano para la exportación; no para representar el papel dominador, señalado anteriormente, para el hombre blanco, sino como simple mano de obra, en ocasiones más barata y frecuentemente tan miserable como la esclava. De este

La capital indígena de México tenía entonces, según algunos avalaron, más de trescientos mil habitantes, lo que la hacía una de las mayores ciudades de su tiempo.



(Lienzo de Tlaxcala)

modo, la marcha de la Revolución Industrial a través de Europa, en su avance de pueblo en pueblo, es también una sucesión de desarraigos masivos y de exportación de hombres de todos los rincones de la Tierra.

Los ideales y creencias europeos, se transforman a través de los siglos como en un caleidoscopio. Pero proporcionan a cada generación verdades y finalidades aptas para convertirse en motivo de las acciones más fanáticas. Siempre guardan un vínculo funcional con los imperativos de la perpetuación del sistema europeo de dominio. Así, el celo misionero y catequístico, mientras perdura, flagela los pueblos impíos de todo el mundo convocándolos, mediante todas las formas de compulsión, al redil cristiano. Pero, simultáneamente, los alista en sistemas económicos y políticos de dominación. Cuando el fervor religioso declina y comienza a ser racionalizado, se vuelve sobre el propio europeo para erradicar a sangre y fuego las herejías que se multiplican, dividiendo a la cristiandad en grupos más opuestos entre sí que respecto a los pueblos infieles. Aún entonces conserva su funcionalidad: la Reforma contribuye a liberar a los empresarios capitalistas de los vínculos vueltos obsoletos y a consagrar el furor adquisitivo, induce a la resignación a las capas subalternas, en la nueva estratificación social.

Con el desencadenamiento del proceso civilizador impulsado por la Revolución Industrial, viejos ideales de libertad, de igualdad y de justicia, tantas veces sostenidos por las civilizaciones anteriores y tantas veces olvidados y abandonados como utopías carentes de viabilidad, renacen en Europa como proyectos nuevos y frescos, más llamativos y aparentemente más realizables ahora que en cualquier otro tiempo. Tal es la formulación liberal-burguesa de los ideales republicanos, volcada por entero a la afirmación de la libertad del individuo frente al Estado, la iglesia y la sociedad.

Este nuevo ideario se formula congruentemente como un sistema manifiesto en instituciones mercantiles (como la sociedad anónima y la técnica bancaria) y en instituciones políticas (como la democracia liberal) capaces de convencer y conmover tanto a los europeos como a las clases dominantes de los pueblos alistados en su red de explotación económica, y de presentarse como el nuevo cuadro dentro del cual la prosperidad y la libertad serían finalmente logradas. Al calor de estas nuevas ideologías liberales y laicas se disuelve el fervor religioso y reformista y el salvacionista que hicieran del conquistador europeo una mezcla de traficante y de cruzado, para dar lugar a otros dos nuevos fervores: el empresarial y el liberal-revolucionario. Ambos tienen como base la misma instrumentación con respecto a los imperativos del tráfico y de la dominación.

En el terreno político, al absolutismo monárquico sucede el ideal de estado republicano y democrático que se concretarán, por primera vez, en un contexto extra-europeo, con la revolución norteamericana. Al esclavismo, reeditado históricamente en escala gigantesca en las colonias

americanas, se contrapone la formulación de los ideales de dignidad humana y de igualdad. Aquí también muy funcionales, como anticipación de la renovación social impuesta por los progresos de la revolución industrial que, al crear y poner en uso nuevas y portentosas formas de energía, volvió prescindible al esclavo y al siervo posibilitando una concepción libertaria del hombre.

A través de todas estas variantes ideológicas lo que perdura, hasta fines del siglo XIX, es la posición rectora de Europa sobre el resto del mundo colocado a su servicio, así como las disputas intra-europeas por el dominio mundial. La precedencia de los descubridores ibéricos es puesta en jaque desde las primeras décadas luego de la división de Tordesillas. Holandeses, franceses e ingleses se apropian de trozos de un mundo que parecía condenado al usufructo del europeo más audaz. Poteriormente, otros socios entran en el reparto, restringiendo progresivamente las posesiones portuguesas y españolas, que al final sólo pueden mantenerse en los territorios de ultramar, mediante acuerdos consentidos de coparticipación con los pueblos europeos en los que más había avanzado la Revolución Industrial. Es el tiempo de los pueblos ingleses, holandeses, franceses y alemanes que, progresivamente, habrían de ocupar el centro del foco europeo de dominio mundial.

Esta sucesión de ibéricos por nórdicos y centro-europeos, marcaba el pasaje del predominio de la civilización mercantil a la civilización industrial, como nuevo proceso dinamizador de las sociedades humanas. En la primera de ellas, los ibéricos y los rusos tuvieron la precedencia como agentes de una nueva expansión civilizadora. Su configuración híbrida de Imperios Mercantiles Salvacionistas, sólo incipientemente capitalistas, no les permitió, sin embargo, alcanzar congruencia como sistemas capitalistas, ni crear una estructura que los capacitase para las tareas de la industrialización autónoma. Las regalías concedidas a la nobleza tradicional y la ingerencia del clero en los negocios del Estado que se vigorizan en las dos áreas robusteciendo al extremo su estructura social, los inhabilitaría para el desarrollo de la tecnología y de las instituciones sociales en que se asentaría la revolución industrial. La competencia con las regiones donde estas nuevas formas maduraron más y se expandieron, acabaría por condenar a los dos imperios arcaicos a la obsolescencia: los rusos se sumergen en el feudalismo y los ibéricos, tanto como los íbero-americanos, son conscriptos a los sistemas de dominación económica de las potencias imperialistas-industriales que emergen y se desbordan por toda la Tierra, reordenándola como su contexto neocolonial.

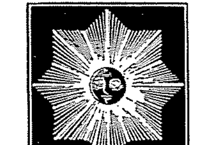
Los pueblos íbero-americanos, plasmados en el curso de la Revolución Mercantil, no sufren una aceleración evolutiva, sino una mera actualización histórica que los hace ascender un escalón de la evolución socio-cultural, al costo de la pérdida de sus perfiles étnicos originales y de su alistamiento como "proletariados externos" del Imperio Mercantil Salvacionista ibérico. Frente al nuevo ciclo de renovación desencadenado por la Revolución Industrial, estos pueblos vuelven a experimentar un proceso de actualización histórica mediante el cual se apartan de una estructura de dominación para caer en otra, pero siempre como "proletariados externos", como condición de la existencia y de la perpetuación de las formas de vida de otros pueblos.



Jinetes españoles y aliados indígenas luchan contra los naturales de Tecamachalco (Lienzo de Tlaxcala).



Los hombres de Cortés y sus aliados tlaxcaltecas luchan con los mexicanos dentro de la ciudad. El caballo ha caído en uno de los canales. (Lienzo de Tlaxcala).



El mundo que el Europeo creó

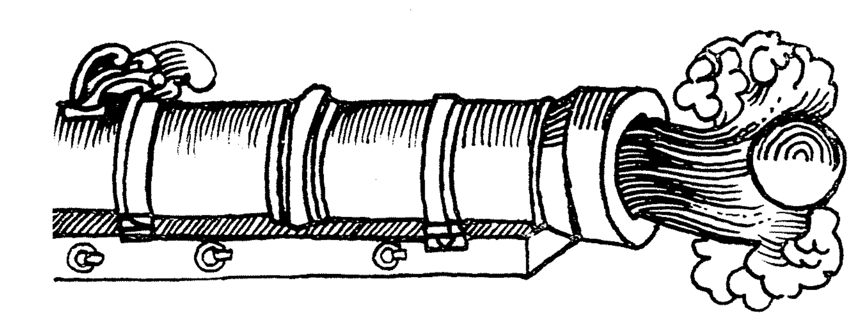
Los pueblos extra-europeos del mundo moderno pueden ser clasificados en cuatro grandes configuraciones histórico-culturales. Cada una de ellas engloba poblaciones muy diferenciadas, pero también suficientemente homogéneas en cuanto a sus características étnicas básicas y en cuanto a los problemas de desarrollo que enfrentan, como para ser legítimamente tratadas como categorías distintas. Tales son las de los *Pueblos Testimonio,* los *Pueblos Nuevos,* los *Pueblos Trasplantados* y los *Pueblos Emergentes.*

Los primeros están constituidos por los representantes modernos de viejas civilizaciones originales, sobre las cuales se abatió la expansión europea. El segundo grupo, designado como *Pueblos Nuevos,* está representado por los pueblos americanos plasmados en los últimos siglos como un subproducto de la expansión europea, por la fusión y aculturación de matrices indígenas, negras y europeas. El tercero, los *Pueblos Trasplantados,* está integrado por las naciones constituidas por la implantación de contingentes europeos en ultramar que mantuvieron su perfil étnico, su lengua y cultura originales. Por último, componen el grupo de *Pueblos Emergentes* las naciones nuevas de Africa y de Asia cuyas poblaciones ascienden de un nivel tribual, o de la condición de meras factorías coloniales, para constituir etnias nacionales.

Estas configuraciones histórico-culturales forman categorías congruentes de pueblos, fundadas en el paralelismo de su proceso histórico de formación étnico-nacional, en la uniformidad de sus características sociales y de los problemas de desarrollo con que se enfrentan.

Para determinar la situación de cada pueblo extra-europeo en el ámbito mundial y explicar cómo han llegado a ser lo que son ahora, resulta mucho más útil la referencia a estas amplias configuraciones que la consideración de las nacionalidades, composiciones raciales o factores climáticos, religiosos y de otro tipo que presentan. Se hace posible de este modo entender por qué los pueblos han vivido procesos históricos de desarrollo social y económico tan diferenciados, y determinar, en cada caso, qué elementos han actuado como aceleradores o retardadores de su integración al estilo de vida de las sociedades industriales modernas.

La proporción del incremento demográfico europeo entre 1800 y 1950 puede ser avaluada por los siguientes números: la población inglesa crece de 16,2 a 50,6 millones; la francesa, de 28,2 a 41,7 millones; la alemana, de 25 a 64 millones; la italiana, de 18,3 a 46,3 millones. Y aumenta en ese ritmo, a pesar de exportar su población en enormes proporciones: de Inglaterra emigran 21 millones de personas entre 1836 y 1935; de Holanda, 4,5 millones en el mismo período; de Alemania emigran 5,3 millones entre 1833 y 1935; de Francia, 2 millones entre 1821 y 1935; y de Italia, 9,6 millones de 1876 a 1940.



BIBLIOGRAFIA

ARNAULT, Jacques. — *Historia del Colonialismo;* B. Aires, 1960.
ASTON, T. S. — *The Industrial Revolution. 1760-1830;* London, 1948.
BAGU, Sergio. — *Estructura Social de la Colonia;* B. Aires, 1952.
CORTESAO, Jaime. — *"Los Portugueses"* en *Historia de América y de los pueblos americanos;* dirigida por Antonio Ballesteros y Beretta. Vol. III, Barcelona - B. Aires, 1947.
COSTA, A. Fontoura da. — *A Marinharia dos Descobrimentos;* Lisboa, 1939.
COTTRELL, Fred. — *Energía y Sociedad;* B. Aires, 1958.
COULBORN, Rushton (Ed.). — *Feudalism in History;* Princeton, 1956.
DOBB, Maurice. — *Studies in the Development of Capitalism;* N. York, 1946.
LEF, J. U. — *Naissance de la Civilization Industrielle;* Paris, 1954.
LILLY, Samuel. — *Hombres, Máquinas e Historia;* B. Aires, 1957.
MARX, Karl. — *El capital;* 5 vols. B. Aires, 1956.
MAURO, Federico. — *L'Expansion Européenne 1600 - 1870;* Paris, 1964.
OLIVEIRA Martins, J. P. — *Historia de la Civilización Ibérica;* B. Aires, 1951.
PARRY, J. H. — *Europa y la Expansión del Mundo. 1415 - 1715;* México, 1958.
PIRENNE, Henri. — *Historia Económica y Social de la Edad Media;* México, 1939.
RAPARAZ (h.), Gonzalo de. — *La Epoca de los Grandes Descubrimientos Españoles y Portugueses;* Barcelona, 1931.
SANCHEZ Albornoz, C. — *España, un Enigma Histórico;* B. Aires, 1956.
SEE, Henri. — *Origen del Capitalismo Moderno;* México, 1961.
TAWNEY, R. H. — *La Religión en el Origen del Capitalismo;* B. Aires 1959.
USCHER, A. P. — *A History of Mechanical Inventions;* Cambridge, 1954.
VIATKIN, A. (Ed). — *Compendio de Historia y Economía. I. Las Formaciones precapitalistas. II. La Sociedad Capitalista;* Moscú, s/f.
VICENS Vives, J. — *Historia Económica y Social de España y América;* Barcelona, 1957 - 59.
WILLIAMS, Eric. — *Capitalism and Slavery;* North Caroline, 1944.
WEBER, Max. — *The protestant Ethic and the Spirit of Capitalism;* London, 1939.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

Enciclopedia

Introducción

I. La historia política. - Carlos Real de Azúa.
II. 180 años de literatura. - Angel Rama.
III. La evolución económica. - Luis C. Benvenuto.

Tomo I

1. El mundo indígena. - Eugenio Petit Muñoz.
2. Las tierras del sin fin. - Daniel Vidart.
3. La España de la conquista. - Darcy Ribeiro.
4. Conquistadores y colonizadores. - Washington Reyes Abadie.
5. La conquista espiritual. - Alberto Methol.
6. Portugos y brasileños. - Tabaré Melogno.
7. El gaucho. - Daniel Vidart.
8. El mostrador montevideano. - Lucía Sala de Touron.
9. Amos y esclavos. - Agustín Beraza.
10. La vida cotidiana en 1800. - Alfredo Castellanos.

Cuaderno

Introducción

I. El pensamiento de Artigas.
II. Cuentos de horror. - Horacio Quiroga.
III. Montevideo en cuentos. - Benedetti, Hernández, Martínez Moreno, Onetti, Somers.

Tomo I

1. Los indios del plata. - Lozano, Azara, Larrañaga, Zorrilla de San Martín, Acevedo Díaz.
2. Diario del viaje a Paysandú - Dámaso Larrañaga.
3. Cartas del nuevo mundo. - Colón, Vespucio, Lopes de Sousa.
4. La voz de los vencidos. - (textos indígenas).
5. Las vaquerías del mar. - Cardiel, González.
6. Muerte al invasor. - (poemas y proclamas).
7. La poesía política. - (antología).
8. El nacimiento de la ciudad. - Pérez Castellano y otros.
9. Cantos y bailes negros. - Rossi y otros.
10. Las visitas extranjeras. - (antología).

Tomo II

11. Los porteños.
12. La guerra de los imperios.
13. Artigas: la conciencia cívica.
14. Las montoneras y sus caudillos.
15. La Independencia y el Estado Oriental.
16. Los patricios.
17. Civilización y barbarie.
18. El mundo romántico.
19. Divisas y partidos.
20. Las guerras civiles.

Tomo III

21. Principistas y doctores.
22. Latorre y el Estado uruguayo.
23. Varela: la conciencia cultural.
24. La estancia alambrada.
25. Ingleses, ferrocarriles y frigoríficos.
26. Masones y liberales.
27. Los retratistas del país.
28. Los gringos.
29. Los grandes negocios.
30. La belle époque.

Tomo IV

31. La cultura del 900.
32. Saravia: el fin de las guerras civiles.
33. Obreros y anarquistas.
34. Batlle: la conciencia social.
35. Estatización y burocracia.
26. El ascenso de las clases medias.
37. Sufragistas y poetisas.
38. La vida musical.
39. La Iglesia.
40. La democracia política.

Tomo V

41. Los años locos.
42. El tango.
43. Las vanguardias literarias.
44. Los pensadores.
45. La quiebra del modelo.
46. El arte nuevo.
47. La garra celeste.
48. Urbanización e industrialización.
49. La Universidad.
50. Herrera: el nacionalismo agrario.

Tomo VI

51. La conciencia crítica.
52. El sindicalismo.
53. Crisis económica.
54. Nuestro legado espiritual.
55. El mensaje de los jóvenes.

1 enciclopedia + 1 cuaderno $ 85

ENCICLOPEDIA

URUGUAYA

Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S.A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del Papel). Junio 1968.

